de Lavalle, al tomar al reo la declaración instructiva le dijo: «Vengo á representar, á la de veras, el último papel que hizo usted en el teatro.»

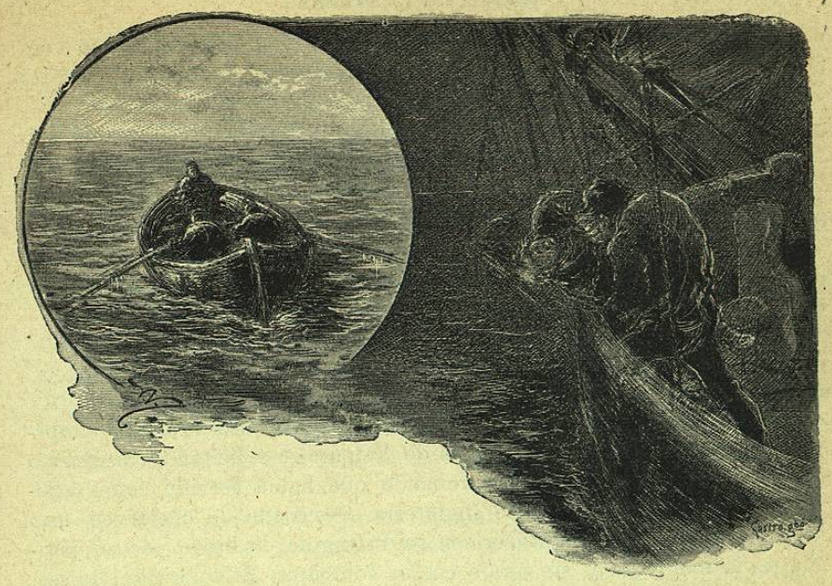
VIII

La espléndida defensa de Vivar, unánimemente aplaudida, no alcanzó á torcer la disposición de la ley ni á disminuir en el pueblo la odiosidad contra el amante de María Moreno, que al cabo fué puesto en capilla el jueves 26 de enero de 1815. El 28 á la una del día salió de la cárcel resignado y valiente.—Fué el segundo y el último á quien el verdugo dió en Lima muerte de garrote.

IX

Cuando el gentío empezó á despejar la plaza, el sacerdote que había acompañado al reo se bajó la capucha, se arrodilló ante el cadáver y principió á amortajarlo murmurando: «¡Pobre Rafael! Tu sueño de Salamanca fué la revelación de tu destino..... Se ha cumplido para los dos..... ¡Estaba escrito!»

Aquel religioso se llamaba fray Antonio Espejo. (1866)



DOS MILLONES

El 16 de julio de 1826 fué día de gran agitación en Lima y el Callao. Por todas partes se encontraba grupos en animada charla. No era en verdad un cataclismo ni un gran acontecimiento político lo que motivaba esta excitación, sino la noticia de haber desaparecido del fondeadero el bergantín inglés *Peruvian*, cargado con dos millones de pesos en oro, barras de plata y moneda sellada.

El buque debía zarpar en ese día para Europa; pero su capitán había ido la víspera á Lima á recibir las últimas instrucciones de sus armadores, permitiendo también á varios de los tripulantes que pasasen la noche en tierra.

En el *Peruvian* se encontraban sólo el piloto y seis marineros, cuando á las dos de la madrugada fué abordado por una lancha con trece hombres, los que procedieron con tal cautela y rapidez, que la ronda del resguardo no pudo advertir lo que acontecía. Inmediatamente levaron ancla, y el *Peruvian* se hizo á la vela.

A las tres de la tarde, un bote del *Peruvian* llegó al Callao conduciendo al piloto y sus seis marineros, puestos en libertad por los piratas.

La historia del audaz jefe de esta empresa y el éxito del tesoro que contenía el *Peruvian* es lo que hoy nos proponemos narrar rápidamente, remitiendo al lector que anhele mayor copia de datos á la obra del capitán Lafond, titulada *Voyages dans les Amériques.*

I

Por los años de 1817 un joven escocés, de aire bravo y simpático, se presentó á las autoridades de Valparaíso solicitando un puesto en la marina de Chile, y comprobando que había servido como aspirante en la armada real de Inglaterra. Destinado de oficial en uno de los buques, el joven Robertson se distinguió en breve por su pericia en la maniobra y su coraje en los combates. El esforzado Guisse, que mandaba el bergantín *Galvarino*, pidió á Robertson para su primer teniente.

Era Robertson valiente hasta el heroísmo, de mediana estatura, rojizos cabellos y penetrante mirada. Su carácter fogoso y apasionado lo arrastraba á ser feroz. Por eso, en 1822, cuando al mando de un bergantín chileno tomó prisioneros setenta hombres de la banda realista de Benavídez, los hizo colgar de las ramas de los árboles.

No es este un artículo á propósito para extendernos en la gloriosa historia de las hazañas navales que Cochrane y Guisse realizaron contra la formidable escuadra española.

En el encuentro de Quilca, entre la *Quintanilla* y el *Congreso*, Robertson, que había cambiado la escarapela chilena por la del Perú y que á la sazón tenía el grado de capitán de fragata, fué el segundo comandante del bergantín que mandaba el valiente Young.

En el famoso sitio del Callao, cuyas fortalezas eran defendidas por el general español Rodil, quien se sostuvo en ellas trece meses y medio después de la batalla de Ayacucho, cupo á Robertson ejecutar muy distinguidas acciones.

Todo le hacía esperar un espléndido porvenir, y acaso habría alcanzado el alto rango de almirante si el diablo, en forma de una linda limeña, no se hubiera encargado de perderlo. Dijo bien el que dijo que el amor es un envenenamiento del espíritu.

Teresa Méndez era en 1826 una preciosa joven de veintiún años, de ojos grandes, negros, decidores, labios de fuego, brevísima cintura, hechicero donaire, todas las gracias, en fin, y perfecciones que han hecho proverbial la belleza de las limeñas. Parece que me explico, picarillas, y que soy lo que se llama un cronista galante.

Viuda de un rico español, se había despertado en ella la fiebre del lujo, y su casa se convirtió en el centro de la juventud elegante. Teresa Méndez hacía y deshacía la moda.

Su felicidad consistía en tiranizar á los cautivos que suspiraban presos en el Argel de sus encantos. Jamás pudo amartelado galán vanagloriarse de haber merecido de ella favores que revelan predilección por un hombre. Teresa era una mezcla de ángel y demonio, una de aquellas mujeres que nacieron para ejercer autocrático despotismo sobre los que las rodean; en una palabra, pertenecía al número de aquellos seres sin corazón que Dios echó al mundo para infierno y condenación de hombres.

Robertson conoció á Teresa Méndez en la procesión de Corpus, y desde ese día el arrogante marino la echó bandera de parlamento, se puso al habla con ella y se declaró buena presa de la encantadora limeña. Ella empleó para con el nuevo adorador la misma táctica que para con los otros, y un día en que Robertson quiso pecar de exigente obtuvo de los labios de cereza de la joven este categórico ultimátum:

—Pierde usted su tiempo, comandante. Yo no perteneceré sino al hombre que sea grande por su fortuna ó por su posición, aunque su grandeza sea hija del crimen. Viuda de un coronel, no acepto á un simple comandante.

Robertson se retiró despechado, y en su exaltación confió á varios de sus camaradas el éxito de sus amores.

Pocas noches después tomaba te en casa del capitán de puerto del Callao, en unión de otros marinos, y como la conversación rodase sobre la desdeñosa limeña, uno de los oficiales dijo en tono de chanza:

—Desde que la guerra con los *chapetones* ha concluído, no hay esperanza de que el comandante logre enarbolar la insignia del almirantazgo. En cuanto á hacer fortuna, la ocasión se le viene á la mano. Dos millones de pesos hay á bordo de un bergantín.

Robertson pareció no dar importancia á la broma y se limitó á preguntar:

—Teniente Vieyra, ¿cómo dice usted que se llama ese barco que tiene millones por lastre?

—El *Peruvian*, bergantín inglés.

—Pues poca plata es, porque más vale Teresa—repuso el comandante, y dió sesgo distinto á la conversación.

Tres horas después Robertson era dueño del tesoro embarcado en el *Peruvian*.

II

Al salir de la casa del capitán de puerto, Robertson se había dirigido á una posada de marineros y escogido entre ellos doce hombres resueltos y que le eran personalmente conocidos por haberlos manejado á bordo del *Galvarino* y del *Congreso*.

Realizado el abordaje, pensó el pirata que no le convenía hacer partícipes á tantos cómplices de los millones robados, y resolvió no detenerse en la senda del crimen á fin de eliminarlos. Asoció á su plan á dos irlandeses, Jorge y Guillermo, é hizo rumbo á Oceanía.

En la primera isla que encontraron desembarcó con algunos marineros, se encenagó con ellos en los desórdenes de un lupanar, y ya avanzada la noche regresó con todos á bordo. El vino había producido su efecto en esos desventurados. El capitán los dejó durmiendo en la chalupa, levó ancla, y cuando el bergantín se hallaba á treinta millas de la costa, cortó la amarra, abandonando seis hombres en pleno y embravecido Océano.

Además de los dos irlandeses, sólo había perdonado, por el momento, á cuatro de los tripulantes que le eran precisos para la maniobra.

Entonces desembarcó y enterró el tesoro en la desierta isla de Agrigán, y con sólo treinta mil pesos en oro se dirigió en el *Peruvian* á las islas Sandwich.

En esta travesía, una noche dió á beber un narcótico á los marineros, los encerró en la bodega y barrenó el buque. Al día siguiente, en un bote arribaron á la isla de Wahou Robertson, Guillermo y Jorge, contando que el buque había zozobrado.

La Providencia lo había dispuesto de otro modo. El *Peruvian* tardó mucho tiempo en sumergirse, y encontrado por un buque ballenero, fué salvado uno de los cuatro tripulantes; pues sus compañeros habían sucumbido á la hambre y la sed.

De Wahou pasaron los tres piratas á Río Janeiro. En esta ciudad desapareció para siempre el irlandés Jorge, víctima de sus compañeros.

Después de peregrinar por Sidney, pasaron á Hobartoun, capital de Van-Diemen. Allí propusieron á un viejo inglés, llamado Thompson, patrón de una goletilla pescadora, que los condujese á las islas Marianas. La goleta no tenía más que dos muchachos de tripulación, y Thompson aceptó la propuesta.

El viaje fué largo y sembrado de peligros. El calor era excesivo, y los cinco habitantes de la goleta dormían sobre el puente. Una noche, después de haberse embriagado todos menos Robertson, á quien tocaba la guardia, cayó Guillermo al mar. El viejo Thompson despertó á los desesperados gritos que éste daba. Robertson fingió esforzarse para socorrerlo; pero la obscuridad, la corriente y la carencia de bote hicieron imposible todo auxilio.

Robertson quedaba sin cómplice, mas le eran indispensables los servicios de Thompson. No le fué difícil inventar una fábula, revelando á medias su secreto al rudo patrón de la goleta y ofreciéndole una parte del tesoro.

Al tocar en la isla Tinián para procurarse víveres, el capitán de una fragata española visitó la goleta. Súpolo Robertson, al regresar de tierra, y receló que el viejo hubiese hablado más de lo preciso.

Apenas se desprendía de la rada la embarcación, cuando Robertson, olvidando su habitual prudencia, se lanzó sobre el viejo patrón y lo arrojó al agua.

Robertson ignoraba que se las había con un lobo marino, excelente nadador.

Pocos días después la fragata española, á cuyo bordo iba el viejo Thompson, descubría á la goletilla pescadora oculta en una ensenada de Saipán.

Preso Robertson, nada pudo alcanzarse de él con sagacidad, y el capitán español dispuso entonces que fuese azotado sobre cubierta.

Eran transcurridos cerca de dos años, y las gacetas todas de Europa habían anunciado la desaparición del *Peruvian*, acusando al comandante Robertson. El marinero milagrosamente salvado en Wahou había también hecho una extensa declaración. Los armadores ingleses y el almirantazgo ofrecían buena recompensa al que capturase al pirata. El crimen del aventurero escocés había producido gran ruido é indignación.

Cuando iba á ser flagelado, pareció Robertson mostrarse más razonable. Convino en conducir á sus guardianes al sitio donde tenía enterrados los dos millones; pero al poner el pie en la borda del bote, se arrepintió de su debilidad y se dejó caer al fondo del mar, llevándose consigo su secreto.

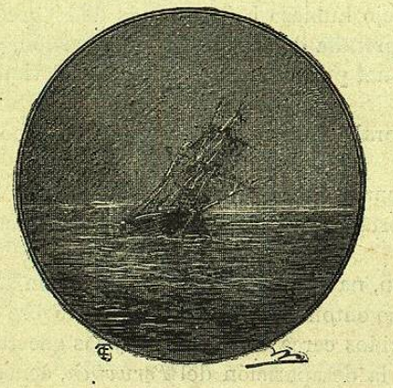
III

Una noticia importante, por vía de conclusión, para los que aspiren á salir de pobres.

La isla de Agrigán, en las Marianas, está situada en la latitud Norte 19° 0′, longitud al Este del meridiano de París 142° 0′.

Dos millones no son para despreciados.

Conque así, lectores míos, buen ánimo, fe en Dios, y á las Marianas sin más equipaje. (1869)



LAS CAYETANAS

Arma atroz es el ridículo, y tanto que, hasta tratándose de las cosas buenas, puede ser matadora.

Por los años de 1704, un clérigo filipense, nombrado D. Gregorio Cabañas, empleó ochenta mil pesos, de su peculio y limosnas de los fieles, en la fundación de un beaterio, mientras conseguía de Roma y del monarca español las respectivas licencias para elevarlo á la categoría de monasterio. Todo iba á pedir de boca para el entusiasta padre Cabañas, que contaba con influencias en la aristocracia y con la buena voluntad del católico pueblo. El siglo era de fundaciones monásticas, y los habitantes de esta ciudad de los reyes soñaban con la dicha de poseer, ya que no una iglesia, siquiera una capilla en cada calle.

Frecuente era entonces leer sobre el portal ó arco del zaguán de las casas, y en gordos caracteres, esta inscripción ú otras parecidas: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*, lo que daba á los edificios un no sé qué de conventual.

Los vecinos de Abajo el Puente, que no tenían en su circunscripción ningún monasterio, eran los que más empeño tomaban para que el proyecto del padre Gregorio fuese en breve realidad.

Por fin, inauguróse la fundación con diez y seis beatas, número suficiente para prometerse rápido progreso y despertar la envidia de los otros beaterios y aun de las monjas.

Pero cuando empezaron á salir á la calle las cayetanas ó teatinas, los muchachos dieron en rechiflarlas, y las vecinas en reirse del hábito que vestían las nuevas beatas.

Francamente, que el padre Gregorio anduvo desacertado en la elección de uniforme para sus hijas de espíritu.

Con decir que el hábito de las cayetanas era una sotana de clérigo, digo lo bastante para justificar el ridículo que cayó sobre esas benditas. Usaban el pelo recortado á la altura del hombro y llevaban sombrero de castor. Lucían además una cadeneta de acero al cuello y pendiente de ella un corazón, emblema del de Jesús.

Tales prójimas eran en la calle un mamarracho, un reverendo adefesio.